



Codicia, dinero y belleza

Greed, money and beauty

«La codicia, a falta de una palabra mejor, es buena. La codicia está bien. La codicia funciona. La codicia clarifica, penetra y captura la esencia del espíritu revolucionario. La codicia, en todas sus formas, codicia por la vida, por el dinero, por el amor, por el conocimiento, ha elevado a la Humanidad; y la codicia —recuerden mis palabras— no solo salvará a [la empresa] Teldar Paper, sino a esa otra corporación con problemas de funcionamiento llamada Estados Unidos».

Gordon Gekko (Michael Douglas)
en *Wall Street* (1987) de Oliver Stone.

■ El artículo (*Un invento muy refinado*) del novelista y ensayista inglés Tom Parks, que publicamos en este número, nos relata lo que ha pretendido mostrar la exposición *Denaro e Bellezza. I banchieri, Botticelli e il rogo delle vanità* («Dinero y belleza: los banqueros, Botticelli y la hoguera de las vanidades»), que ha tenido lugar en el Palazzo Strozzi (Florencia) entre el 17 de septiembre de 2011 y el 22 de enero de 2012. Sus comisarios han sido la historiadora del arte Ludovica Sebregondi y el propio Parks. En *Denaro e Bellezza* se han reconstruido diferentes aspectos de la actividad *financiera* y la vida cotidiana, en una época en la que nació el sistema bancario moderno y que abarca desde la llamada Crisis del siglo xiv hasta el Renacimiento. Aunque la exposición ya no se puede visitar, el texto de Parks, tocado de una gran fuerza descriptiva, consigue recrear la vida privada y pública de las familias que iniciaron el sistema bancario moderno, cuyo desarrollo daría lugar al progreso económico, a la vez que nos muestra el conflicto entre la actividad mercantil, el poder político y los valores espirituales. Se trata, por lo tanto, no solo de un viaje a la Florencia del siglo xv, sino también de un análisis sobre los mecanismos financieros gracias a los cuales los florentinos dominaron el mundo del comercio y sus banqueros amasaron inmensas fortunas, lo que también

les dio la oportunidad —que aprovecharon— de manejar los hilos del poder político. Triunfo, digámoslo así, que les obligó a purificar su imagen con ciertos actos penitenciales, pues, desde el punto de vista de la moral judío-cristiana, la línea que separa la actividad crediticia del pecado de usura es muy fina.

Las normas que regían entonces contra la usura, consecuencia de las creencias religiosas tradicionales, suponían un importante valladar para las operaciones bancarias. Esta situación hizo que los banqueros —como explica Parks— desarrollaran complicados instrumentos financieros para evitar así ser tildados de codiciosos o usureros. No olvidemos que Dante se refirió a «la avaricia, la soberbia y la envidia como las tres chispas que incendian los corazones» (*Infierno* VI, 74-75); o que Orcagna, al igual que hacían otros artistas de su época, pintaba a los ricos y codiciosos —entre los que no dudaba en incluir a obispos y cardenales— en el infierno, donde demonios horribles les golpean con sus propias bolsas de dinero (véase p. 80). Pero a este cuadro todavía le falta una figura, la del dominico Girolamo Savonarola, a la que Parks le dedica algunos comentarios. El fraile, que tenía un punto de vista que no era inhabitual entre los religiosos de su tiempo, se opuso al enriquecimiento, la codicia y la obscena exhibición de lo suntuario que embriagaba no solo a la ciudad a la que fue a ejercer como predicador (Florencia), sino también a la propia corte de Roma. El malestar, por cierto, no era nuevo. Ya había prendido tiempo antes en los miembros de ciertas órdenes mendicantes y de predicadores, y su estandarte más visible lo había portado el hijo de un rico comerciante de la región de Perugia, Francisco de Asís (1182-1226). Esta inquietud tejida durante siglos, a la que se sumaron otras cuestiones de orden divino y, por supuesto, humano, encontraría un desahogo con la publicación de las *95 Tesis* de Lutero (1517) y la reacción que conocemos como *Contrarreforma*.

El mecenazgo del arte, sobre todo, religioso, a través del cual los banqueros florentinos buscaron la legitimación de su negocio y su opulencia, supuso un importante cambio en el patrocinio tradicional, al pasar del sector institucional (nobleza, municipio e Iglesia) al sector privado. A la larga, el mecenazgo privado se convirtió en una estratagema para hacer que los florentinos se sintieran tan cómodos en su ciudad que se olvidaran de los valores que sostenían su república y del creciente poder —económico y político— que iban acumulando algunas familias de banqueros. Así, surgió una forma de ascendiente, por decirlo de manera suave, sobre la ciudadanía. La vieja fórmula de la *clientela* practicada en Roma, semilla del facilismo y clientelismo modernos, asomaba de nuevo en Florencia y, desde entonces, nos ha acompañado sabiéndose adaptar al lugar, las circunstancias sociopolíticas y el momento histórico. Pero este cambio social, como hemos dicho, tuvo un precio para sus promotores. Los *nuevos ricos* necesitaron presentarse ante sus ciudadanos como personas piadosas y respetables. De ninguna otra manera puede entenderse que Filippo Strozzi (1428-1491), uno de los banqueros de aquel tiempo (que mandó construir el *palazzo* que ha acogido la muestra), se hiciese retratar arrodillado junto a la Sagrada Familia en el espléndido cuadro titulado *La adoración de los pastores*,

realizado en el taller de Ghirlandaio. Todo en su conjunto corrobora las palabras de nuestro poeta Alonso de Ercilla: «El fausto, la riqueza y el Estado hinchán, pero no hartan, al más templado».

Por otro lado, es posible que Parks simplifique demasiado cuando afirma que la condena por la Iglesia de las transacciones bancarias y los préstamos se debía, sobre todo, «a que eran instrumentos que propiciaban la movilidad social, que manipulaban artificialmente la sociedad». Los teólogos y los predicadores todavía en el siglo xv constituían la élite intelectual de Europa y, como tal, estaba atenta a los cambios que se registraban en la sociedad. Hasta el extremo de que el propio fundador de la escolástica, Tomás de Aquino (1226-1274), ya se había ocupado —y no fue el primero— de la *teoría económica* y establecido como precio justo el precio de mercado, esto es, el que se obtiene de los compradores basándose en una estimación común y en ausencia de fraude o coerción. Y en san Bernardino (1380-1444), al que Parks menciona, se da la paradoja de haber sido, por un lado, el gran compendiador de la teoría económica de su tiempo (*Sobre los contratos y la usura*, 1443) y, por otro, un observante y ascético santo franciscano. Sin que pueda faltar, en esta sumaria relación, el matemático y franciscano Luca Pacioli (1445-1517), sistematizador de la contabilidad moderna.

La nómina de escolásticos dedicados, algún tiempo después, al estudio de la ciencia económica —formada, sobre todo, por jesuitas y dominicos en torno a dos universidades muy próximas, Salamanca y Coimbra— va mucho más allá de su figura más conocida, el jurista Francisco de Vitoria. Al padre Juan de Mariana, por ejemplo, le debemos estar agradecidos, además de por sus notables tratados económicos, por retomar el debate de la escolástica medieval sobre el tiranicidio. De acuerdo con el jesuita, cualquier ciudadano puede acabar justamente con aquel (rey) que se convierta en tirano. Motivo por el que define —quizá para que no haya equívocos en un asunto de tanta gravedad— dicha figura. He aquí algunas de las características que apunta: el que «sustrae la propiedad de los particulares y la saquea...»; el «que intenta perjudicar y arruinar a todo el mundo...»; el que «considera el bien más sospechoso que el mal...»; el que «expulsa del reino a los mejores con la excusa de que ha de rebajarse a quienquiera que destaque sobre el resto...»; el que «promueve disputas entre los ciudadanos y empalma el fin de una guerra con el comienzo de otra...», etcétera. Difícilmente podríamos calificar a Mariana de carcupa o de defensor del orden establecido, especialmente si nos fijamos en la época en la que publicó su tratado (*Sobre el rey y la institución real*, 1598).

A un coetáneo suyo, el agustino Luis Saravia de la Calle, le cabe el mérito de haber escrito su principal obra en español (*Instrucción de mercaderes*, 1544); en ella dejó plasmada una observación tan fina como la siguiente: «los que miden el justo precio de las cosas según el trabajo, costas y peligros del que trata o hace la mercadería yerran mucho; porque el justo precio nace de la abundancia o falta de mercaderías, de mercaderes y dineros, y no de las costas, trabajos y peligros». Tal vez, muchos médicos entiendan ahora mejor por qué España es uno de los países

desarrollados que peor paga a los que ejercen una profesión en la que hay que invertir tanto tiempo y esfuerzo, además de asumir importantes responsabilidades y fatigas. Como mantener el exceso de médicos es fundamental para que los salarios no se disparen, se ha autorizado en los últimos años la creación de varias facultades de medicina (ya existen 40) y se han abierto las puertas desde el año 2000 a más de 40.000 médicos extranjeros.

Pero no perdamos el hilo de la escolástica y para ello nada mejor que recordar la figura de Jerónimo Castillo de Bobadilla, quien, algunas décadas después revalidando la observación hecha por Saravia de la Calle, enunciaría la siguiente ley económica: «Los precios de los productos bajarán con la abundancia, emulación y concurrencia de vendedores». (Regla que puede hacer entender —aún a los que prefieren no verlo— el dañino efecto que tiene sobre la profesión que los colegios de médicos organicen, por ejemplo, cursos sobre acupuntura, homeopatía y otras materias parecidas.) Al agustino navarro Martín de Azpilcueta, que ejerció como catedrático en Coimbra y consultor de varios papas en Roma, se le considera el creador de la economía monetaria. Entre otras cosas, se percató de que cuando el dinero inunda el mercado, como ocurrió en España con la llegada de metales preciosos de América o ha sucedido recientemente con la expansión crediticia y el boom inmobiliario, los precios se disparan. «El dinero vale más donde y quando ay falta del, que donde y quando ay abundancia», dejó escrito. Regla monetaria que también explica —al menos, en parte— la caída de los precios de los pisos (o de los coches) a la que asistimos ahora, que el dinero escasea. Parece que el adagio «detrás de cada teoría económica hay un economista muerto» se cumple.

Contrariamente a lo que se cree, hay autores (Murray N. Rothbard, Marjorie Grice-Hutchinson, Alejandro Chafuen, Friedrich A. Hayek o Jesús Huerta de Soto) que mantienen que es en la escolástica tardía española (finales del siglo XVI) donde puede verse el origen de la economía libre de mercado y no en el calvinismo. Hallazgo que pone en cuestión la famosa tesis que Max Weber defiende en su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Estas cuestiones, como se ve, dan para mucho. Dejémoslas, pues, para el próximo número.



Al igual que siempre, los que hacemos esta *Revista de Humanidades* agradecemos a los amables lectores su fidelidad y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de noviembre.

José Luis Puerta
jl_puerta@yahoo.com